

Xavier Batalla



El colono sólo suma

La Asamblea General de la ONU aprobó en 1947 una resolución, la 181, con la que creyó resolver el futuro de Palestina, entonces bajo mandato británico. La resolución recomendó, cuando las propiedades judías sumaban un 6% del territorio, la partición de la zona en dos estados: uno judío (56,47% y una población de 490.000 judíos y 325.000 árabes) y otro árabe (43,53% y 807.000 árabes y 10.000 judíos). Jerusalén, con 100.000 judíos y 105.000 árabes, debería ser administrada internacionalmente.

Desde entonces, la operación siempre ha sido una suma para Israel. La resolución 181 fue rechazada por los árabes, y al día siguiente de la proclamación de Israel, el 14 de mayo de 1948, tropas de Egipto, Líbano, Siria, Iraq y la Legión Árabe de Transjordania franquearon las fronteras del nuevo Estado. El ejército israelí rechazó la ofensiva y ocupó el desierto del Neguev. Los combates finalizaron con los acuerdos de Rodas (1949), por los que Israel rebañó otros 5.000 km². Sólo quedaron en manos árabes Gaza, administrada por Egipto, y Cisjordania y Jerusalén Este, que fueron anexionados por Jordania en 1950. Es decir, Israel se amplió hasta el 78% de Palestina y la población palestina quedó recluida en el 22% restante del territorio.

En 1967, a causa de un bloqueo egipcio, Israel atacó a Egipto, Jordania y Siria y tras una campaña relámpago, del 5 al 10 de junio, ocupó, además de otros territorios árabes, el 22% restante de Palestina, incluido Jerusalén Este, que en 1980 fue anexionado a Israel, lo que la comunidad internacional considera ilegal. Israel se retiró unilateralmente de Gaza (378 km²) en septiembre del 2005,

En 1948, Israel era el 56,4% de Palestina; en 1949, el 78%, y ahora las colonias son el 42% del 22% restante

pero Cisjordania (5.879 km²) aún espera el cumplimiento de las resoluciones 242 y 338 de la ONU, que prevén el intercambio de paz por territorios. En Cisjordania se han construido asentamientos judíos que Israel considera “legales” y otros que cataloga de “extraoficiales”. Pero el derecho internacional no distingue entre estas dos categorías, ya que ambas infringen el artículo 47 del Cuarto Convenio de Ginebra, que prohíbe la anexión de territorios mediante el recurso a la fuerza, un principio reafirmado por el artículo 2 (4) de la Carta de la ONU. Y ahora, con unos 300.000 colonos judíos en Cisjordania y 200.000 en Jerusalén Este, estos asentamientos son un obstáculo para la paz.

Israel es el 78% de Palestina y sigue ocupando el 22% restante. Ante la negociación que ahora está en el aire, ya que ha expirado la moratoria israelí impuesta a la construcción en los asentamientos, ambas partes hablan de una retirada israelí parcial. Pero ¿será posible? El pasado julio, B'Tselem, grupo israelí pro derechos humanos, denunció que las colonias judías ya se extienden por más del 42% de Cisjordania; es decir, que a los palestinos sólo les quedaría alrededor del 10% de toda Palestina. El colono, que dice tener un derecho divino, sólo suma.

La carrera hacia las legislativas en Estados Unidos

Con Barack Obama en su gira para sacar a sus votantes de la apatía

La mayoría silenciosa

MARC BASSETS

Washington. Corresponsal

Richard Nixon hablaba de la “mayoría silenciosa”, la América real –y callada– que trabajaba arduamente y no aparecía en los telediciarios, en contraste con la América minoritaria, vociferante y a veces violenta de los conflictos estudiantiles y raciales de los años sesenta.

Cuarenta años después, Barack Obama, en las antípodas ideológicas de Nixon, cree que ahora ocurre algo similar. Los revolucionarios del 68 son ahora el Tea Party, el movimiento populista y conservador que agita Washington y aleja al Partido Republicano del centro. La nueva mayoría silenciosa, según Obama, se siente ajena a todo radicalismo, repudia las gesticulaciones de los conservadores y aboga por un diálogo civilizado.

“El 70% de la gente son como vosotros”, dijo el miércoles. El “vosotros” se refería a los vecinos que le escucha-

votantes están llamados a renovar la Cámara de Representantes y más de un tercio del Senado, además de elegir a los gobernadores en 36 de los 50 estados. Con la economía renqueante, la popularidad a la baja y el riesgo de que los demócratas pierdan el control del Congreso, Obama se ha lanzado esta semana a la carretera.

El presidente acelera la campaña ante el peligro de la derrota demócrata en las legislativas

El presidente ha estado esta semana en Nuevo México, Iowa, Wisconsin y Virginia. Ha dialogado con ciudadanos en jardines particulares y clubs deportivos. Ha congregado a miles de estudiantes en un campus. Ha escuchado quejas por la lentitud en los cambios que prometió, y por el paro eleva-

voté por un hombre que cambiaría las cosas de manera significativa para la clase media. Yo soy una de estas personas, y estoy esperando, señor. Todavía no noto nada. Y pensé que notaría algo aunque no fuese demasiado”.

En Richmond todo fue más suave. Tal vez demasiado suave, hasta el punto de que la hora que Obama dedicó a responder a las preguntas de los vecinos se hizo larga. La mayoría fueron complacientes o muy técnicas: preguntas sobre la contaminación del río local o sobre los efectos de los tipos de interés en los ahorros de los pensionistas. Entre los asistentes, ni rastro de la retórica anti-Obama. Ni rastro del temor a una deriva de EE.UU. hacia un modelo económico europeo, ni a un Estado omnipotente. Ni rastro del movimiento Tea Party.

Ejercicio democrático, sí: el presidente en mangas de camisa, la mayoría de asistentes vestidos como si estuviesen en casa –uno llevaba incluso bermudas y zapatillas deportivas– y las preguntas sin guión previo. Pero tam-

bién ejercicio propagandístico: la escenificación para las cámaras de un líder cercano en un marco anodino con personas anodinas. Y Obama coló el mensaje: los republicanos son el partido no, del bloqueo sistemático, sin propuestas para reducir el déficit o relanzar la economía, y votarlos en noviembre significa regresar a las políticas de George W. Bush, que desencadenaron la recesión.

Jeff Shapiro, columnista del *Richmond Times Dispatch*, explica que esta ciudad es una plaza amable para Obama: aquí el paro es relativamente bajo y la Casa Blanca puede argumentar que los planes de estímulo han funcionado. Vieja capital del Sur, Richmond es el distrito del congresista Eric Cantor, estrella emergente del Partido Republicano.

¿Cuál es la América de verdad? ¿La del club local de Richmond, donde nadie se falta al respeto ni eleva la voz, nadie critica a Obama?, ¿o la de la crisis, el Tea Party y la decepción con Obama? Responde Matt Perry, que disfrutó del privilegio de reunirse un cuarto de hora y a solas –él, su esposa Stephanie y sus hijos Matthew y Lucy, de 13 y 11 años– con Obama. “Si les preguntas a la mayoría de los americanos, es como esto”, dijo Perry, propietario de una empresa de alquiler de canoas y rafting en el río James, en alusión al buen ambiente que rodeó a Obama en Richmond. “Durante las últimas décadas, la vida no ha cambiado tanto, para bien o para mal, con presidentes demócratas o republicanos”.

Fuera caía una lluvia tropical. Y a ratos la reunión en la sala de juegos del club deportivo parecía una burbuja, un oasis de concordia en medio de un país convulsionado. Si la mayoría silenciosa de Obama existe, quizá estuviese encapsulada allí dentro. En el resto de EE.UU. todavía no se ha escuchado.●



CHARLES DHARAPAK / AP

Barack y Michelle Obama saliendo ayer de la Casa Blanca hacia Camp David

ban en la cochambrosa sala –trofeos en la vitrina, dos sofás y dos butacas, un piano viejo y una estantería con Monopolys, Scrabbles y tableros de ajedrez– del club natación de Southampton, barrio residencial de clase media de Richmond, la capital de Virginia.

“Esto significa que están dedicados a su negocio, a trabajar cada día, a cuidar de sus familias”, prosiguió ante los 38 asistentes. “No se dedican a insultar a la gente. No se inventan cosas. Quizá no sigan todos los temas políticos, porque no tienen tiempo. Pero esperan que haya un poco de sentido común y de cortesía”.

A Obama le han llamado socialista, le han acusado de ser musulmán y carecer de pasaporte estadounidense. La descortesía y los malos modos han marcado su primer año y medio en la Casa Blanca. El presidente que quería unir EE.UU. y trascender el partidismo ha resultado uno de los más polarizadores de los últimos decenios.

Queda un mes para que EE.UU. acuda de nuevo a las urnas. Esta vez los

do. Ha intentado recuperar el voto que le dio la victoria en las presidenciales del 2008 y ahora está desmovilizado: jóvenes, negros, hispanos, centristas.

El presidente quiere hablar cara a cara con el estadounidense de a pie, sin mediaciones, una táctica que utilizó Jimmy Carter, con el que (desfavora-

¿Cuál es la América real?, ¿la crispada del Tea Party o la que aplaude a Obama en Virginia?

blemente) se le ha comparado. La semana pasada, en un coloquio en Washington, una mujer afroamericana le espetó: “Francamente, estoy harta. Harta de defenderle, de defender a su Administración, de defender el manto del cambio por el que voté, y muy decepcionada por dónde estamos ahora”. La mujer añadió: “Se me dijo que